

"ADIOS PLACIDO"

ROBINSON MAZZUNNI*



Nunca se había sentido tan bien. Estaba a pleno gusto, y a decir verdad, se tendría que acostumbrar, aunque a la fuerza: allí es su morada. Aquello de encontrarse en donde quiso es de muy pocos. Esta no sería la excepción. El silencio era apenas obvio y natural. La oscuridad, la apropiada y la suficiente como para pasar desapercibido durante mucho tiempo. No ser molestado por ningún insecto, ruido, mal amigo. etc. Su cuerpo aunque lúgubre, estaba apasible ante tanta patraña de la vida y de la muerte. Su cuerpo por momentos, más estaba dormido que abandonado ante la insistencia del dolor y de la rabia, pero su mente muy despierta frente a la náusea de vivir.

Pues a pesar de todo llegó su

* Seudónimo de un estudiante de la Universidad de Narino.

turno. Qué no lo deseaba todavía?, qué se hace, tenía que suceder. Todo es secundario. Llegó tu momento de manera repentina y tienes que adaptarte a ello. Pero en realidad, tienes todo el mundo y todo el tiempo en tus adentros, y eres por eso, muy afortunado. Posees tranquilidad para analizar, rabiarse, pensar, raciocinar todos tus pecados, tus picardías, tus aventuras, tus virtudes. Todo aquello y sin que nadie te interrumpa. Cuán tos y cuánto te envidiamos. Nosotros sólo tenemos tiempo para mal vivir, para pecar, para ofender.

Qué empiezas a sentir frío; es natural, no haces ejercicio, únicamente alimentas tu espíritu. La soledad te hace sentir más frío. Tu mirada se pierde en el infinito de la insistencia y no verás más que esperanzas. Nosotros en cambio vemos dolor, tragedias, injusticias, mentiras. Bueno, para qué te menciono esto. Tú lo sabes muy bien. Descansa con tu mirada.

Qué estás algo cadavérico, facciones raras y entumecidas, bueno, entiende que todo se acaba, y tu transformación es más que lógica ante tus circunstancias. No te preocupes, dentro de unos días solamente tu espíritu andará por todos los lados sin molestar a nadie. Deambularás con paz y tranquilidad, y si algo de ello puedes darme, lo espero con afán.

Es necesario que recordemos cómo Plácido llegó a este estado, y esto se remonta muchos años atrás. Plácido alcanzó la desgracia muy temprana, según él, y debió disfrutar algo más.

Plácido era un tipo muy apreciado, exageradamente amigable. Su profesión le hacía más simpático: era el zapatero. A quién no se le daña un zapato?, a quién se recurre?, claro a Plácido. El esperaba el pago, a veces recibía un simple agradecimiento o no cobraba nada.

Entre tantos clientes llegó a intimar con el carpintero, Juan Tabla, quien también gozaba del aprecio entre su círculo de barrio, ya que era muy servicial, colaborador y amable. Su deseo era ser algo más que un simple carpintero. Esta idea le obsesionaba demasiado, tanto que en cierta ocasión se le ocurrió ser tallador, ya que esto iba acorde con su profesión. Y estaba en lo cierto. Lo primero que confeccionó fue un cajón y tallado a su gusto, por innovar en algo la rutina de los cajones. El trabajo lo realizó con exagerado esmero. Gastó un mes en armarlo y durante los seis meses siguientes, sagradamente los días con sus noches se dedicaba a tallar dicho cajón. Llegó a considerarlo como una reliquia y talisman de la suerte. En los lados tenía

unos vidrios pulidos y transparentes desde adentro, y por afue-
ra no se veía nada. Por ello no tenía cortina para prevenir
las curiosas miradas. Por dentro, tenía un paño fino y acolcho-
nado. En el sitio a donde llegaban las manos había unas cojede-
ras como si se aferrara a la soledad y se preparara a un largo
viaje. El sitio en donde iba la cabeza estaba hundido y así la
mirada estaba más cerca del infinito. El sitio para los pies
era como para un deforme que calce 45. El ancho era de 50 cms.
y el alto de 40 cms.; el largo estaba apropiado para un tipo
de 1.95 mts.

Este cajón lo trabajó con ansia, y testigo de ello era Plácido,
ya que lo visitaba todos los jueves con puntualidad extrema. En
un principio se burlaba de Juan y expresiones como estas, excla-
maba: "Pierdes tu tiempo", "De qué servirá algo tan grande, si
aquí todos somos de mediana estatura", "Tú te has salido de la
normalidad de esos cajones", "Nadie te lo comprará". Juan Tabla
sólo atinaba a sonreír, y a veces le constataba palabras como
estas: "Sacará de afán a alguien", "Nadie sabe para quien traba-
ja", "Lo ocupará quien menos lo piense, ya verás".

En esto y en las visitas transcurrieron seis años. Nadie pregun-
taba por el cajón. Así que Juan lo archivó en un rincón de su
taller. En un principio, Juan lo arreglaba, lo limpiaba; pero con
el tiempo viene el olvido y eso le pasó a Juan. Se olvidó y se
cansó de su trabajo hecho con tanto esmero. Entonces esta tarea
pasó a Plácido quien en cierta ocasión vió el cajón muy sucio
por el polvo y las telarañas. Cada jueves lo aseaba.

En cierta ocasión después de asearlo, a Plácido se le ocurrió
medírselo y por cosas de la vida, le quedó un poquito grande,
pero a su medida, entonces exclamó: "Esto está a mi medida",
"Te lo recomiendo si lo necesito". Juan volvió a sonreír y ca-
llaron luego. En cada visita se acostaba y hacían chanzas sobre
el posible uso.

En una de sus frecuentes y puntuales visitas, Plácido encontró
que el cajón ya no estaba en su sitio y preguntó a Juan: ¿Qué
sucedió con el cajón? Entonces le explicó que el dueño de una
funeraria lo compró, pues hacía juego con el nombre del esta-
blecimiento "Hecho a la medida para todos los gustos", dio un
buen precio por él y Juan recibió esa plata por un trabajo que
lo tenía archivado y sin ningún beneficio.

Desde entonces las visitas de Plácido se interrumpieron, al prin-
cipio eran cada ocho, luego cada quince, después cada mes. No
había esa normalidad en las visitas como estaban acostumbrados

antes. Pero no por esto se diría que se disgustaron o se enojaron, simplemente era como si algo había quebrado esa amistad que los unía, una circunstancia.

Este cajón en la funeraria duró siete años más, pero posaba en la vitrina y en realidad a la gente le atraía.

Un buen día, Plácido, a sus sesenta y cinco años, amaneció muerto, Infarto fue el dictamen del forense. Hasta la mañana se volvió nublada, fría y lluviosa. Era como si se despidiera de Plácido. El frío viento hacía que el dolor de la familia se acrecentara.

No había ahorros en el hogar. Los pocos centavos eran mínimos, por ello, la mujer de Plácido recorrió las funerarias para conseguir un ataúd sencillo para su Plácido. Fue a todos los establecimientos funerarios: todos exageradamente caros. Se decía para sus adentros: "Hasta esto de morir es un prolema, si no tienes dinero, te jodes".

Por cosas de la vida, llegó a la funeraria "Hecho a la medida y para todos los gustos", regateó los precios y por aquello que no se entiende en el mundo y sin que Plácido hubiera contado a su mujer sobre el cajón, motivo de las visitas y chanzas con Juan Tabla, preguntó por el precio de ese ataúd tallado y que permanecía en un rincón por más de trece años. Obviamente el dueño al principio se negó a negociarlo, pero la insistencia de la mujer fue más fuerte..., al fin el dueño arregló por un precio módico para la compradora. Después de todo obtenía una ganancia extra a sus ventas. Respecto al sitio en donde estaba en exhibición, bueno, con otro lo llenaría.

Plácido fue velado en su humilde rancho, Juan Tabla era uno de los que allí rezaba por su alma, y al mirar el cajón, reconoció su obra, y se dijo: "A tu medida y a tu gusto". Desde ese día sería totalmente suyo.

Su entierro fue sencillo y el adiós de sus amigos y familiares, lo último que recibió de este mundo.

Allá quedó solo, pensativo, divagando. Su pensamiento era lo último que le acompañaba.

Adios Plácido.